

## NOTAS Y COMENTARIOS

### A VEINTICINCO AÑOS DE LA DESAPARICIÓN DE JACQUES MARITAIN

El 28 de abril de este año se cumplen veinticinco de la desaparición de Jacques Maritain, una de las grandes figuras del tomismo contemporáneo. Diversos homenajes se le tributaron en centros académicos de distintos países. No podría nuestra revista dejar de recordar a quien fue, junto con Garrigou-Lagrange, un valioso impulsor del tomismo en la Argentina. Estuvo en Buenos Aires en agosto y septiembre de 1936. Participó en el Congreso Internacional del PEN Club, en el que pronunció una conferencia sobre «La inteligencia y la vida». También actuó en la semana de estudios del Instituto de Cooperación Intelectual. En la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires dio dos conferencias, una sobre «La metafísica de Bergson» y otra sobre «Freudismo y psicoanálisis». En los Cursos de Cultura Católica pronunció cinco disertaciones: «Ciencia y filosofía», «Del saber moral», «La libertad», «Persona e individuo» y «Concepción cristiana de la ciudad», publicadas por el Club de Lectores en 1984..

Quien ejerce la secretaría de redacción de *Sapientia* fue su alumno en 1950, en París, en el convento dominicano de Le Saulchoir y puede atestiguar el afecto que siempre manifestó por la Argentina este gran filósofo, especialmente por Tomás Casares, Rafael Pividal y Octavio Nicolás Derisi. Como homenaje a su memoria será útil recordar el mensaje que el Papa Juan Pablo II envió al rector de la Universidad Católica del Sacro Cuore en ocasión de celebrarse allí el centenario del nacimiento de Maritain.

JUAN PABLO II P. M.

Al Profesor Giuseppe Lazzati

Rector de la Universidad Católica del Sacro Cuore (Milán)

«Me he enterado con satisfacción de la noticia que, en ocasión del centenario del nacimiento de Jacques Maritain, esa Universidad Católica del Sagrado Corazón de Milán ha promovido un congreso internacional de estudios con el propósito de estudiar las intuiciones fundamentales del filósofo cristiano que ha ejercido y continúa ejerciendo notable influjo en la filosofía y en la cultura de nuestro siglo. La iniciativa merece ser alentada porque con ella se rinde homenaje a un hombre que, pese al transcurrir del tiempo,

permanece siempre como un testimonio eminente de la fe y uno de los heraldos más significativos de la razón».

«En verdad, junto con aquélla que sería después la compañera inseparable de su vida y la colaboradora de sus obras, Raïssa, Maritain había vivido, durante su juventud, una crisis profunda y dolorosa, porque la enseñanza de los maestros científicos y fenomenistas que él seguía lo habían llevado a “desesperar” de la razón».

«Sin embargo, después de su bautismo, adviene el feliz descubrimiento del pensamiento de Santo Tomás. “Experimenté entonces —confesará más tarde— como una iluminación de la razón. Mi vocación filosófica me era restituida en plenitud» (J. Maritain, *Le philosophe dans la cité*, p. 23). En aquel momento él comprende que, presentados en su autenticidad y en su pureza, los principios de la filosofía del Doctor Angélico, por él considerado “el apóstol de los tiempos modernos”, pueden iluminar los grandes problemas de nuestro tiempo, permitiendo acoger en una síntesis amplia y viva, todos los valores y todas las verdades que las ciencias, las artes y el pensamiento contemporáneo han producido. Él supo reconocer la actualidad de un pensamiento cuyo poder es tanto más grande “para la conquista de nuevos espacios cognoscitivos cuanto más firmes y orgánicamente ligados con sus principios» (op. cit., p. 26).

«La “iluminación de la razón” suscitó en el joven Maritain una adhesión tan profunda al pensamiento de Santo Tomás que, a través de un movimiento espontáneo de su espíritu, se convirtió en uno de los principales hacedores del “renacimiento tomista” que el Magisterio de la Iglesia, con León XIII, había auspiciado y promovido como respuesta a los requerimientos de la cultura moderna y como camino para superar el divorcio entre razón y fe (Enc. *Aeterni Patris*). A esta vocación por la cual sufrió fatigas, incomprensiones, desencuentros, permaneció fiel hasta la muerte».

«No se trató para él de repetir fórmulas, sino —a la luz de un pensamiento tan elevado que trasciende las vicisitudes y la usura del tiempo— hacer de pionero y, con toda lealtad, realizar una obra innovadora, llevando una contribución verdaderamente original a la reflexión filosófica y también teológica, en muchos campos como la metafísica, la antropología, la moral, la filosofía del arte, la epistemología, la filosofía de la naturaleza, la pedagogía, la filosofía de la historia y de la política, la liturgia y la contemplación. Lo hace no obstante las circunstancias con frecuencia difíciles y pese a algunos aspectos discutibles de su pensamiento, con el coraje y el espíritu de justa autonomía de la razón que en él convivían con el amor a la Iglesia y la docilidad a su Magisterio».

«Habiendo adherido con todo su espíritu a la fe católica, Jacques Maritain consideraba la investigación filosófica como una “sabiduría de razón no cerrada sino abierta a la sabiduría de la gracia” (op. cit., p. 27). Apertura y capacidad de acogimiento que lo llevaron a la universalidad de la filosofía del ser, a esa filosofía del *actus essendi* cuyo valor trascendental es la vía directa para elevarse al conocimiento del ser fundamental, del Acto Puro que es Dios».

«Más que cualquier otro elemento, Jacques Maritain ha puesto en evidencia esa intuición central de la filosofía de Santo Tomás que merece, en este sentido, ser llamada “filosofía de la proclamación del ser”, “canto en honor del existente” (cfr. mi *Discurso a la Universidad de Santo Tomás*, AAS [1979], p. 1478). La atención al ser, es decir, a toda la realidad, conduce a la comprensión de la armonía dinámica de los grados del saber, a su unidad articulada y pluralística. En esta prospectiva se reconcilian ciencia y sabiduría, razón y fe, filosofía y teología, filosofía y ciencia, saber especulativo y saber práctico. Con Maritain la filosofía del ser se convierte en una filosofía del espíritu, de la persona y de la libertad».

«Es posible afirmar que el sentido de la trascendencia y de la libertad en la filosofía de la política y de la historia constituye la inspiración más alta del pensamiento de Maritain. Observador lúcido de las monstruosas aberraciones de nuestro siglo, como los totalitarismos con sus secuelas de horrores y sufrimientos, se convence que una justa concepción de la persona humana es la base necesaria de toda construcción social y política del hombre».

«En esta concepción radican, en efecto, los principales temas desarrollados por Maritain: el primado de lo espiritual, la afirmación de los derechos de la persona, la verdadera naturaleza del bien común, que tiene como término el bien de la persona, la búsqueda de los medios de acción correspondientes a la dignidad de la persona humana».

«Él ha subrayado, al mismo tiempo, la necesidad del diálogo y de la cooperación en una sociedad pluralística que no niegue los valores trascendentes y su verdad».

«Jacques Maritain, sin hacerse ilusiones sobre las dificultades de su propósito ni sobre cuán largo sería el camino a recorrer, estaba convencido del hecho que, si el humanismo de la Encarnación debe inspirar el proceso de civilización, esto requiere necesariamente gran heroísmo y valientes iniciativas de parte de los cristianos. Muchos de los aspectos de este pensamiento, que anticipaba los tiempos, se convirtieron más tarde de dominio común, como la participación en la vida socio-política, el sentido agudo de la justicia en un mundo de vergonzosos despilfarros, la solidaridad con los pobres, con los marginados, con los pequeños de este mundo, reintegración de la masas».

«Era un hombre del diálogo. Sin dejar de comprometerse cuando la verdad estaba en juego, nunca fue partidario de la defensa de las propias ideas, especialmente cuando eran opinables. En este sentido ha lanzado un desafío que merece ser acogido por todo el que pretenda ser un leal servidor de una verdad que no es suya porque lo trasciende. Verdad a descubrir en una investigación seria desde el punto de vista científico y apertura al aporte superior de la revelación ante la cual se debe tener una actitud de fe y amor».

«En esto Maritain ha sido verdaderamente un maestro. También por esto su pensamiento concuerda ejemplarmente con el gran proyecto del Magisterio de la Iglesia para la era contemporánea: *vivificar y renovar todo en Cristo*, acercando la fe a la cultura y la cultura a la fe».

«En este encuadre, la iniciativa de la Universidad Católica del Sagrado Corazón de celebrar el primer centenario del nacimiento del filósofo cristiano, además de ayudar a profundizar y a divulgar su pensamiento, puede convertirse en un estímulo para suscitar discípulos e imitadores, especialmente entre los que actúan o se preparan para actuar en el mundo de la cultura».

«Con estos auspicios e invocando para usted, Señor Rector y sus colaboradores, como también sobre cuantos participarán del congreso, la abundancia de los favores divinos, impartido de todo corazón la bendición apostólica».

«En Castel Gandolfo, 15 de agosto del año 1982, cuarto de mi pontificado».

Joannes Paulus II

He aquí las sentidas palabras de la suprema autoridad de la Iglesia católica al conmemorar la vida y la obra de Jacques Maritain, uno de los grandes filósofos de nuestro tiempo, cuyos esfuerzos han sido decisivos para la irradiación y la acogida del tomo en el siglo XX.

Maritain murió en Toulouse el 28 de abril de 1973. A veinticinco años de su desaparición, el homenaje de Juan Pablo II con motivo del centenario de su nacimiento merece ser reiterado como una justa y elevada síntesis de su vida y del significado de su contribución a la filosofía y al catolicismo.

GUSTAVO ELOY PONFERRADA

Seminario Arquidiocesano de La Plata.



## LOS DERECHOS DEL NIÑO

El 27 de agosto de 1789, la Asamblea Nacional de la Revolución Francesa proclamó solemnemente la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*. Aun cuando se le reconozcan antecedentes y también serias omisiones, nadie podría dudar que es un documento de histórica importancia que ha marcado rumbos en la marcha de los pueblos civilizados, al menos en los occidentales. Sin embargo, su título mismo y su contenido son excluyentes: para poder usar de esos derechos era preciso ser «hombre» y «ciudadano». Claramente quedaban excluidos los niños por un doble motivo: ante todo, porque en el lenguaje común se distingue el hombre del niño. Todos hemos oído alguna vez frases como «Soy un hombre, no quiero que me traten como a un niño», o «Ya es un hombre; ha dejado de ser un niño». Y aun porque el niño no es un «ciudadano», pues también en la estimación común, aunque tenga nacionalidad, no se lo considera ciudadano hasta que posea cierta edad y sea registrado como tal.

Más aún, pese a que no se haga mención explícita de ello en la famosa *Declaración*, parecería que también las mujeres quedan excluidas, ya que el habla corriente distingue entre hombre y mujer, no entre varón y mujer como sería lo correcto. Esta segunda presunta exclusión originó una protesta generalizada cuando el 10 de diciembre de 1948 la Organización de las Naciones Unidas promulgó la Declaración Universal de los Derechos del hombre. Pese a las explicaciones que se dieron (y que no convencieron a los miembros femeninos de la asamblea), finalmente se cambió el título: ya no se trata de «derechos de hombre», sino de «derechos humanos» (*human rights*). Este episodio, que para algunos pareció risueño y para otros un detalle lingüístico sin relevancia, tiene una trascendente importancia. A nadie se le ocurriría que las mujeres y los niños no sean «humanos».

Todo esto nos obliga a hacer una serie de observaciones que, por el hecho de ser conocidas, se dan por supuestas y, al darse por supuestas, terminan por olvidarse. Estas precisiones tienen un encuadre ético y en ese marco se inscribe la Declaración